

Los cinco niños de esta historia son:

AUGUSTUS GLOOP

Un niño glotón

VERUCA SALT

Una niña mimada por sus padres

VIOLET BEAUREGARDE

Una niña que masca chicle todo el día

MIKE TEVÉ

Un niño que no hace más que mirar  
la televisión

y

CHARLIE BUCKET

El héroe

## Aquí viene Charlie



Estos dos señores tan viejos son el padre y la madre del señor Bucket. Se llaman abuelo Joe y abuela Josephine.

Y estos dos señores tan viejos son el padre y la madre de la señora Bucket. Se llaman abuelo George y abuela Georgina.





Éste es el señor Bucket. Ésta es la señora Bucket.  
El señor y la señora Bucket tienen un hijo que se llama  
Charlie Bucket.

Éste es Charlie.

¿Cómo estás? Y tú, ¿cómo estás?

Charlie se alegra de conocerlos.

Toda esta familia —las seis personas mayores (cuéntalas) y el pequeño Charlie Bucket— vivía junta en una casita de madera en las afueras de una gran ciudad.

La casa no era lo bastante grande para tanta gente, y la vida resultaba realmente incómoda para todos. En total, sólo había dos habitaciones y una sola cama.

La cama estaba reservada a los cuatro abuelos, porque eran muy



viejos y estaban cansados. Tan cansados que nunca salían de ella.

El abuelo Joe y la abuela Josephine de este lado, y el abuelo George y la abuela Georgina de este otro.

El señor y la señora Bucket y el pequeño Charlie Bucket dormían en la otra habitación, sobre colchones extendidos en el suelo.

En el verano esto se podía soportar, pero en el invierno heladas corrientes de aire soplaban a la altura del suelo durante toda la noche y era horrible.

No había para ellos posibilidad alguna de comprar una casa mejor, o al menos de comprar otra cama. Eran demasiado pobres para eso.

El señor Bucket era el único en la familia que tenía un empleo. Trabajaba en una fábrica de pasta dentífrica, donde pasaba el día entero sentado en un banco ajustando los pequeños tapones de los tubos de la pasta después de que a éstos los iban llenando. Pero un taponador de tubos de pasta dentífrica nunca gana mucho dinero, y el pobre señor Bucket, por más que trabajara y por más velozmente que taponara los tubos, jamás conseguía ganar lo suficiente para comprar la mitad de las cosas que una familia tan numerosa necesitaba. No había ni siquiera bastante dinero para comprar comida adecuada para todos ellos. Las únicas comidas que podían permitirse eran pan y margarina para el desayuno, papas y col cocida para el almuerzo y sopa de col para la cena. Los domingos eran un



poco mejores. Todos esperaban ilusionados que llegara el domingo, porque entonces, a pesar de que comían exactamente lo mismo, a todos les estaba permitido repetir.

Los Bucket, por supuesto, no se morían de hambre, pero todos ellos —los dos viejos abuelos, las dos viejas abuelas, el padre de Charlie, la madre de Charlie y especialmente el propio Charlie— pasaban el día, de la mañana a la noche, con una horrible sensación de vacío en el estómago.

Charlie era quien más lo sentía. Y a pesar de que su padre y su madre a menudo renunciaban a sus propias

raciones de almuerzo o de cena para dárselas a él, ni siquiera esto era suficiente para un niño en edad de crecer. Charlie quería desesperadamente algo más alimenticio y satisfactorio que col y sopa de col. Lo que deseaba más que nada en el mundo era... CHOCOLATE.

Por las mañanas, al ir a la escuela, Charlie podía ver grandes filas de tabletas de chocolate en los escaparates de las tiendas, y solía detenerse para mirarlas, apretando la nariz contra el cristal mientras la boca se le hacía agua.

Muchas veces al día veía a los demás niños sacar cremosos chocolates de sus bolsillos y masticarlos ávidamente, y eso, por supuesto, era una auténtica tortura.

Sólo una vez al año, en su cumpleaños, lograba Charlie Bucket probar un trozo de chocolate. Toda la familia ahorra su dinero para esta ocasión especial, y cuando llegaba el gran día, Charlie recibía de regalo un chocolate para comérselo él solo. Y cada vez que lo recibía, en aquellas maravillosas mañanas de cumpleaños, lo colocaba con cuidado dentro de una pequeña caja de madera y lo atesoraba como si fuese una barra de oro puro; y durante los días siguientes sólo se permitía mirarlo, pero nunca tocarlo. Por fin, cuando ya no podía soportarlo más, desprendía un trocito diminuto del papel que lo envolvía para descubrir un trocito diminuto de chocolate, y daba un diminuto mordisco —justo la cantidad suficiente para dejar que el maravilloso sabor azucarado se extendiese muy despacio por su lengua—. Al día siguiente daba otro

diminuto mordisco, y así sucesivamente. Y de este modo, Charlie conseguía que el chocolate de seis peniques que le regalaban por su cumpleaños durase más de un mes.

Pero aún no les he hablado de la única cosa horrible que torturaba al pequeño Charlie, el amante del chocolate, más que cualquier otra. Esto era para él mucho, mucho peor que ver las tabletas de chocolate en los escaparates de las tiendas o contemplar cómo los demás niños masticaban cremosos chocolates ante sus propios ojos. Era la cosa más torturante que puedan imaginarse, y era ésta:

¡En la propia ciudad, a la vista de la casa en la que vivía Charlie, había una ENORME FÁBRICA DE CHOCOLATE!

¿Se lo imaginan?

Y además no era una enorme fábrica de chocolate cualquiera. ¡Era la más grande y famosa del mundo entero! Era la FÁBRICA WONKA, cuyo propietario era un hombre llamado Willy Wonka, el mayor inventor y fabricante de chocolate que ha existido. ¡Y qué magnífico, qué maravilloso lugar era éste! Tenía inmensos portones de hierro que conducían a su interior, y lo rodeaba un altísimo muro, y sus chimeneas despedían humo, y desde sus profundidades podían oírse extraños sonidos sibilantes. ¡Y fuera de los muros, en menos de un kilómetro a la redonda y en todas direcciones, el aire estaba perfumado con el denso y delicioso aroma de chocolate derretido!

Dos veces al día, al ir y venir a la escuela, el pequeño Charlie Bucket pasaba justamente delante de las puertas

de la fábrica. Y cada vez que lo hacía empezaba a caminar muy, muy lentamente, manteniendo la nariz elevada en el aire, y aspiraba largas y profundas bocanadas del maravilloso olor a chocolate que lo rodeaba.

¡Ah, cómo le gustaba ese olor!

¡Y cómo deseaba poder entrar en la fábrica para ver cómo era!



## La fábrica del señor Willy Wonka

Por las noches, después de haber terminado su aguada sopa de col, Charlie iba siempre a la habitación de los cuatro abuelos para escuchar sus cuentos, y luego, más tarde, para darles las buenas noches.

Cada uno de estos ancianos tenía más de noventa años. Estaban tan arrugados como unas ciruelas pasas y tan huesudos como esqueletos, y durante el día, hasta que Charlie hacía su aparición, yacían acurrucados en la única cama, dos en cada extremo, con gorros de dormir para conservar abrigadas sus cabezas, dormitando para pasar el tiempo, sin nada que hacer. Pero en cuanto oían que la puerta se abría y la voz de Charlie decía: “Buenas noches, abuelo Joe y abuela Josephine, abuelo George y abuela Georgina”, los cuatro se incorporaban rápidamente, y sus arrugadas caras se encendían con una sonrisa de placer, y la conversación empezaba. Adoraban al pequeño Charlie. Él era la única alegría de su vida, y sus visitas nocturnas eran algo que todo el día esperaban ilusionados. A menudo, la

madre y el padre de Charlie acudían también a la habitación y se quedaban de pie junto a la puerta, escuchando las historias que contaban los ancianos, y así, durante una media hora cada noche, esta habitación se convertía en un lugar feliz, y la familia entera conseguía olvidar que era pobre y que pasaba mucha hambre.

Una noche, cuando Charlie entró a ver a sus abuelos, les dijo:

—¿Es verdad que la Fábrica de Chocolate de Wonka es la más grande del mundo?

—¿Que si es verdad? —gritaron los cuatro al unísono—. ¡Claro que es verdad! Santo cielo, ¿es que no lo sabías? ¡Es cincuenta veces más grande que cualquier otra!

—¿Y es verdad que el señor Willy Wonka es el fabricante de chocolate más inteligente del mundo?

—Mi querido muchacho —dijo el abuelo Joe, incorporándose un poco más sobre su almohada—, ¡el señor Willy Wonka es el fabricante de chocolate más asombroso, más fantástico, más extraordinario que el mundo ha conocido! ¡Creí que todos lo sabían!

—Yo sabía que era famoso, abuelo Joe, y sabía que era muy inteligente...

—¡Inteligente! —gritó el anciano—. ¡Es más que eso! ¡Es un mago del chocolate! ¡Puede hacer cualquier cosa, todo lo que quiera! ¿No es verdad, queridos?

Los otros tres ancianos movieron afirmativamente la cabeza y dijeron:

—Absolutamente. No puede serlo más.

Y el abuelo Joe dijo:

—¿Quieres decir que nunca te he hablado del señor Willy Wonka y de su fábrica?

—Nunca —respondió el pequeño Charlie.

—¡Santísimo Cielo! ¡No sé qué me ocurre!

—¿Me lo contarás ahora, abuelo Joe, por favor?

—Claro que sí. Siéntate en la cama junto a mí, querido niño, y escucha con atención.

El abuelo Joe era el más anciano de los cuatro abuelos. Tenía noventa y seis años y medio, y ésa es una edad muy respetable para cualquiera. Era débil y delicado como toda la gente muy anciana y hablaba muy poco a lo largo del día. Pero por las noches, cuando Charlie, su adorado nieto, estaba en la habitación, parecía, de una forma misteriosa, volverse joven otra vez. Todo su cansancio desaparecía y se ponía tan ansioso y emocionado como un niño.



—¡Qué hombre es este señor Willy Wonka! —gritó el abuelo Joe—. ¿Sabías, por ejemplo, que él mismo ha inventado más de doscientas nuevas clases de chocolates, cada una de ellas con un relleno diferente, cada una mucho más dulce, suave y deliciosa que cualquiera de las que puedan producir las demás fábricas de chocolate?

—¡Es la pura verdad! —gritó la abuela Josephine—. ¡Y las envía a todos los países del mundo! ¿No es así, abuelo Joe?

—Así es, querida mía, así es. Y también a todos los reyes y a todos los presidentes del mundo. Pero no sólo fabrica chocolates. ¡Ya lo creo que no! El señor Willy Wonka tiene en su haber algunas invenciones realmente fantásticas! ¿Sabías que ha inventado un método para fabricar helado de chocolate de modo que éste se mantenga frío durante horas y horas sin necesidad de meterlo en el congelador? ¡Hasta puedes dejarlo al sol toda una mañana en un día caluroso y nunca se derretirá!



—¡Pero es... es imposible! —dijo el pequeño Charlie, mirando asombrado a su abuelo.

—¡Claro que es imposible! —exclamó el abuelo Joe—. ¡Es completamente absurdo! ¡Pero el señor Willy Wonka lo ha conseguido!

—¡Cierto! —asintieron los demás, moviendo afirmativamente la cabeza—. El señor Wonka lo ha conseguido.

—Y además —continuó el abuelo Joe, hablando ahora muy despacio para que Charlie no se perdiera una sola palabra—, el señor Willy Wonka puede hacer caramelos que saben a violetas, y caramelos que cambian de color cada diez segundos a medida que se van chupando, y pequeños dulces ligeros como una pluma que se derriten deliciosamente en el momento en que te los pones entre los labios. Puede hacer chicle que no pierde nunca su sabor, y globos de caramelo que puedes hinchar hasta hacerlos enormes antes de reventarlos con un alfiler y comértelos. Y, con una receta más secreta aún, puede confeccionar hermosos huevos de azulejos con manchas negras, y cuando te pones uno de ellos en la boca, éste se hace cada vez más pequeño hasta que de pronto no queda nada de él excepto un minúsculo pajarillo de azúcar posado en la punta de tu lengua.

El abuelo Joe hizo una pausa y se relamió lentamente los labios.

—Se me hace la boca agua sólo de pensar en ello —dijo.

—A mí también —dijo el pequeño Charlie—. Pero sigue, por favor.

Mientras hablaban el señor y la señora Bucket, el padre y la madre de Charlie habían entrado silenciosamente en la habitación, y ahora estaban de pie junto a la puerta, escuchando.

—Cuéntale a Charlie la historia de aquel loco príncipe indio —dijo la abuela Josephine—. Le gustará oírla.

—¿Te refieres al príncipe Pondicherry? —dijo el abuelo Joe, y se echó a reír.

—¡Completamente loco! —dijo el abuelo George.

—Pero muy rico —dijo la abuela Georgina.

—¿Qué hizo? —preguntó Charlie ansiosamente.

—Escucha —dijo el abuelo Joe— y te lo diré.